

cias de Roma bajo los Césares. Los vestidos se mostraban ricos, magníficos, pero debe decirse que eran de mal gusto. Hé aquí la impresion que produjeron en un joven de diez y ocho años, que se hizo ilustre mas tarde, en las ciencias.

Salido por primera vez de su aldea y conducido á Paris por su padre, todo le admiró desde luego; sus ojos no podian abrirse bastante para abrazarlo todo, para admirarlo todo. De regreso á su soledad, dirigió una multitud de preguntas á su padre, acompañándolas de observaciones que le ocurrian naturalmente:

«¿Podria usted decirme, padre mio, por qué las Parisienses, que poseen todo lo que se necesita para ser lindas, hacen todo lo que pueden por afearse?»

«Torres en lugar de cabellos; sacos en lugar de trajes; oro, diamantes en lugar de flores; ¡qué singular adorno!»

«Oro en la cabeza, oro en el cuello, oro en los brazos, en el puño y en los dedos, oro en todas partes, excepto en sus bolsillos. Esas mujeres nada entienden de los adornos que realizan la belleza.»

«El oro empaña el brillo de los ojos, marchita la tez, empalidece los labios, da un color sombrío á la piel. Nunca se atrevió un pintor á retratar á Hebe sobrecargada de ornamentos de oro, y Venus nunca hubiera ganado la manzana, si hubiera estado vestida como Nuestra Señora de Loreto.»

«Los trajes que las mujeres llevan actualmente, las hacen semejantes á una percha; su cintura ha desaparecido totalmente bajo este vestido ridículo; muestran un atado de garganta voluminoso que seria una abominable deformidad, si no fuera la moda.»

Bajo el imperio, el traje de los hombres llegó á ser mas severo: habiendo Napoleon hecho caer bajo la tijera su cabellera republicana, al punto los cortesanos se peinaron á lo Napoleon; luego vinieron los cortes de pelo á lo Tito, á lo Caracalla, &c. Se imitó el traje militar: el cuello tieso reemplazó á la corbata floja; el frac y la casaca se abotonaron hasta la barba por una larga fila de botones metálicos aproximados los unos á los otros; los faldones eran largos y estrechos como los de una casaca de uniforme. La levita de cuello derecho, la polonesa racamada de trenzas, de ribetes, de pieles y de galoneaduras á la usanza de los dragones, tuvieron boga; se llevaron pantalones blancos, rojos, amarantos, con bandas á los costados; la bota alta se calzó debajo del pantalon, y algunos elegantes añadieron el espolin lustroso: se cubrieron los hombros con la ancha capa de caballería; el pacífico plebeyo y los hombres de edad adoptaron el carrique con tres, con cinco y hasta con nueve cuellos. Los almirarados habrían llevado bigote, si se hubieran atrevido á ello; pero Napoleon tenia el rostro completamente razurado, y él era el sol que alumbraba entonces. Los fabricantes de navajas hicieron fortuna.

Otro género de elegantes, de contorno de los mas singulares, que presumian de petimetres añejos y de increíbles olvidados, frecuentaban el bulevar llamado de Coblenz, paseo á la moda: se hacian notar por la casaca-chupa, su calzon ancho y sus botas de grandes orejas; tenían un chicotillo enroscado en la mano y un sombrero ruso bajo el brazo.

Una deplorable reminiscencia del corpiño con barbas de ballena se manifestó durante el invierno de 1809 á 1810, bajo el nombre de corsé; la moda empezó entre las damas de Paris, y en algunos años, cundió en toda la Francia. La historia del corsé es bastante curiosa, y los consejos que hay que dar sobre los peligros de su uso son tan serios, que le consagramos un capítulo aparte.

Al advenimiento de Luis XVIII [1815], una multitud de emigrados volvieron á Francia con sus vestidos de otro tiempo, esperando traer el antiguo régimen con sus viejas modas; pero los hallaron ridículos, y el pueblo los persiguió con el epíteto de cazadores de Luis XVI. Todos los emigrados de buen sentido adoptaron el nuevo traje; solo las viejas pelucas, así las llamaron, se obstinaron en conservar el vestido del siglo pasado.

En materia de moda, los primeros años de la Restauracion fueron notables por los numerosos cambios que sufrieron el corte y el color del vestido, y por los nombres mas ó ménos originales que les dieron. Así, se vieron aparecer sucesivamente las levitas á la Wellington, á la rusa, á la prusiana, las casacas de pechera, de cola da raya y de bacalao; zagalejos gordos, engreidos, atontados, conmovidos &c; sombreros á la Boston, á la Filadelfia, á la gallina ciega, á la tres por ciento. Las sangrientas disputas de Murillo y de Bolívar en América, dividió la Francia en dos campos, relativamente á la forma del sombrero: la mitad de los franceses llevaron bolívares, es decir sombreros de anchas alas, y la otra mitad,

murillos ó sombreros de alas estrechas. Entonces, los hombres habian adoptado la moda de la casaca escotada y bien cerrada en la cintura, el pantalon pegado hecho de un tegido elástico, y se calzaban por debajo, la bota á la rusa con una borla de seda. Esta moda que dibujaba perfectamente las formas de un hombre bien torneado, no duró largo tiempo, porque era desfavorable á las piernas defectuosas. Tomaron el pantalon ancho.

Luis XVIII habia traído consigo algunos elegantes de ultramar que dieron, durante algun tiempo, el tono y las modas; llamaron *dandys* á los que los imitaron; despues, á los *dandys* sucedieron los *fashionables*, verdaderos anglos-manos, de cuello de camisa tieso y subido, de enormes patillas, que, armados del baston de puño dorado y del lente cincelado, paseaban sus gracias en los bulevares. Se vieron durante algunos instantes levitas de peregrina que se cerraban en el talle por un cinturon exterior.

Los sombreros de mujeres, libres de los horribles *bavolets* y echados un poco adelante, permitieron que se mostrara el cuello y el moño. Los trajes se acortaron de modo que dejaban ver lo bajo de la pierna, y muchas mujeres, poco favorecidas por la parte del rostro, pero dotadas de una pierna bien hecha y de un lindo pié, pudieron atraerse algunos adoradores; pues el sutil apreciador sabe todo lo que vale un pié pequeño.

Bajo Carlos X [1824], las modas permanecieron poco mas ó ménos las mismas, salvo algunas oscilaciones en el corte y la composicion del vestido. Los trajes se llevaron un poco mas largos y los talles mas bajos. El peinado sufrió tambien algunas modificaciones, pero de poca importancia. Hacia 1828, las mujeres empezaron á llevar las mangas de pierna de carnero, y este adorno adquirió, poco á poco, tan enormes proporciones, que una dama á la moda no podia como en el tiempo de los tontillos, pasar de frente por una puerta ordinaria; necesitaba puertas cocheras. Los talles delgados, oprimidos, los talles de avispa se pusieron á la moda por algunas mujeres éticas y llegaron á ser una pasion que causó muchas víctimas! Las necrologías del aquel año contaron, en Francia, mas de cuarenta mil mujeres ó niñas muertas á consecuencia de la opresion del talle; y los hospitales de Paris registraron mas de cinco mil defunciones ocasionadas por la compresion exagerada del corsé! Esta es la moda, sin embargo!..... Si el hombre tiene su valor especial, la mujer tiene tambien el suyo: la mujer mas delicada, la mas medrosa, se somete á torturas inauditas, sufre con paciencia atroces dolores, arrostra la enfermedad y marcha resueltamente á la muerte por seguir la moda. Pero ¿es este valor? y ¿no podria darse otro nombre á esta pasion por la novedad que arrastra irresistiblemente á todas las mujeres?

En 1850, un rey bajaba las gradas del trono, mientras que otro rey subia á él entre las aclamaciones del pueblo, el cual, diez y ocho años despues, debia descender y huir mas precipitadamente que su predecesor; Oh Atenienses modernos!

Bajo Luis Felipe, el tupé de los hombres se elevó considerablemente formando una pirámide sobre la frente, á ejemplo del tupé real. No obstante, la secta de los *sansimonianos*, ántes de desaparecer, dió la moda de los cabellos largos, con una raya vivamente dibujada en uno de los lados de la cabeza. El tupé decayó del todo y concluyó por desaparecer completamente ante esta nueva moda que se adoptó generalmente, salvo algunas modificaciones en la largura y en el corte de los cabellos. La blusa y el casquete llegaron á ser el traje popular. La aristocracia se distinguió por su casaca, cuyos anchos faldones recordaban la casaca á la francesa. La clase media adoptó la levita de talle corto y de anchas solapas.

De 1830 á 1835, se vieron aparecer y desaparecer sucesivamente las levitas á la propietaria, á la *collin*, á la marinera, &c.; las casacas de talle alto y de anchos faldones formando enaguas, género bastardo que tenia algo de la casaca y de la túnica. Los pantalones de trabillas, que abrazaban estrechamente la bota, y sujetados por los tirantes de modo que hacian imposibles los movimientos de la genuflexion, se adoptaron desde luego por algunos elegantes, y llegaron á ser, en poco tiempo, una pasion en los hombres, como los *gigotes* ó mangas de piernas de carnero lo habian sido para las mujeres.

Por su parte, las damas, no se sabe por qué, cambiaron los risueños colores de sus vestidos por colores tristes y sombríos. Los delicados matices lila, buche de paloma, primera aurora, se reemplazaron por el verde ruso, verde botella, negro Marengo, étiope puro; se habria dicho que el adorno se convertia en duelo. Los mercaderes de novedades, segun su coquetesco costumbre, bautizaron cada tela con un nombre mas ó ménos incongruente.

Hacia el año de 1836, el traje femenino parecia recobrar proporciones razonables; los *gigotes* monstruosos cedieron el lugar á las mangas llanas diversamente adornadas y compuestas; la cintura tomó su puesto natural, pero el traje se alargó insensiblemente de manera que ocultaba la pierna y el pié; en fin, llegó al punto en que lo vemos hoy, arrastrando por el suelo y barriéndolo con sus ruedos. Los grandes sombreros ensanchados se transformaron en elegantes sombreritos llamados *bibís*, que volvia lindas á casi todas las mujeres, excepto á las que tenían rostros mofletudos y á las que habian llegado á la edad en que se debe renunciar á las pretensiones de agrado. El *bibí*, tan coquetesco, tan seductor, servia demasiado bien á las jóvenes para que las mujeres de segunda edad no estuvieran celosas de ellas; por eso, se ligaron contra él y lo abrumaron con el peso de sus años. El ala del sombrero se alargó, pues, de modo que ocultaba el cuello, y el *bibí* se vió transformado en una informe *caba*. Este sombrero de abuela no prevaleció sino una estacion; lo substituyó la *semi-pamela*, cuyas alas redondeadas despejaban muy graciosamente los contornos de la mejilla. A las jóvenes sobre todo les sentaba de un modo encantador.

[Continuará.]

## AMBICION Y ABNEGACION.

### I

Por los años de 185..... Don Fernando Alvarez rico hacendado del norte de la república, vino á establecerse en Lima con su familia compuesta de las siguientes personas: Su esposa Doña Isabel Garcés, excelente señora de poco mas de cuarenta años de edad, cuya dulce y expresiva fisonomía, revelaba la bondad y demas bellas cualidades de que estaba adornada. Su hija Virginia, joven de diez y seis años escasos, de constitucion débil y enfermiza, que solo habia heredado de su madre un bondadoso natural y unos hermosos y rasgados ojos negros, cuya expresion de vehemencia y firmeza contrastaba singularmente con su aspecto enclenque y añorado. Y por último, de Ana Mac-Donall, huérfana á quien Doña Isabel queria casi tanto como á su propia hija, y á quien ésta miraba como á una hermana.

Ana, era hija única de un médico escocés, que poco tiempo despues de residir en Lima, perdió á su esposa y concentró todo su afecto en su pequeña hija á quien adoraba.

Se propuso suplir la falta de la madre que habia perdido, y con tal fin se dedicó con empeño á educar su corazon y desarrollar su inteligencia hasta donde le fuera posible.

Persuadido de que la rectitud de principios y la instruccion, son los mas seguros fundamentos de la felicidad de la mujer, trabajó incesantemente por que su hija adquiriera ambos tesoros.

Ana por su parte correspondió ámpliamente á los esfuerzos del autor de sus dias. Al perderlo cuando solo contaba quince años, poseía una instruccion poco comun y un corazon tan recto como sensible y abnegado.

### II

En una de las muchas ocasiones en que la familia Alvarez estuvo transitoriamente en Lima, le tocó ocupar un departamento contiguo al que habitaba el Doctor Mac-Donall.

Siendo la niñez naturalmente franca y comunicativa, pronto se estableció una tierna amistad entre las niñas de ambas familias; amistad que el Doctor consintió gustoso, cuando se persuadió de que el candor y buenos principios de Virginia, eran suficiente garantía de que la inocencia de su hija no sufriría el mas mínimo menoscabo.

Poco tiempo despues, la delicada salud de Virginia que tenia en constante alarma á sus padres, hizo que estos solicitaran la asistencia profesional del Doctor. Merced á sus incesantes cuidados y asidua observacion, logró este combatir un mal que amenazaba ser mortal.

Con tal motivo, la amistad que existía entre Anita y Virginia, se hizo extensiva á sus padres, hasta el punto de que al regresarse la familia Alvarez á sus haciendas, no solo siguieron una afectuosa comunicacion, sino que al irse obtuvieron del Doctor Mac-Donall la promesa de que iria con su hija á pasar la estacion del verano en su compañía.

El primer año se renovó el compromiso para el segundo; quedando por último establecido que, todos los años, el Doctor y su hija pasarían una temporada en casa de Alvarez.

### III

Apenas contaba Ana doce años, cuando su buen padre

se encontró repentinamente acometido de la terrible enfermedad conocida con el nombre de *gota serena*.

Acerba fué esta prueba para el hombre activo y estudioso, habituado á distribuir el tiempo entre la asistencia de sus enfermos, el estudio, y la educacion de su hija.

Pero en tan triste situacion, Ana fué para él, su ángel tutelar, su consuelo, y su apoyo.

Con un juicio superior á su edad, se dedicó á dulcificar la amargura de su padre y á hacerle llevadera su desgracia.

Conociendo sus gustos y sus costumbres, se adelantaba á prevenir sus deseos.

Ella le servía el alimento que la torpe mano del pobre ciego no habria podido acercar á sus labios. Ella le leía sus autores favoritos; escribía los pensamientos que él le dictaba; y cuando lo creía fatigado, ó lo veía abrumado por la melancolía, para distraerlo llamaba en su auxilio la música tocándole algunos aires escoceses que le recordaban su juventud y su patria; ó le proponía algun paseo por las alamedas y jardines, donde el aire libre y perfumado ya que no la vista de las flores, pudieran recrearlo.

De este modo pasaron tres años, al cabo de los cuales, sintiéndose el Doctor poseido de un mortal abatimiento del cual ni su enérgica voluntad, ni los solícitos cuidados de su hija, lograron libertarlo, comprendió que su fin estaba próximo.

Sus fuerzas se aniquilaban dia por dia, y sin embargo no habia una enfermedad conocida que poder combatir. Los auxilios de la ciencia, eran impotentes para curarlo.

Temblando por la suerte de su querida Ana, se valió de un antiguo amigo suyo para escribirle á los señores Alvarez, pintándole lo cruel de su apurada situacion, y encomendándoles el porvenir de su hija á quien, les suplicaba, que consolaran en su orfandad.

Doña Isabel acudió presurosa al llamamiento de su amigo, y tuvo la satisfaccion de llegar á tiempo para recibir los últimos encargos del moribundo y hacer menos angustiosos sus últimos momentos, con la solemne promesa que le hizo de que Ana seria para ella una hija mas; una hermana de Virginia quien desde niña se habia acostumbrado á considerarla y á amarla como tal.

#### IV

Despues de sufrir con la muerte de su padre uno de los mas crueles dolores á que está condenada la criatura en esta mísera vida, la desolada huérfana fué conducida por Doña Isabel á su hacienda, donde toda la familia á porfía se esforzó en consolarla y mostrarle un sincero afecto.

A la muerte de su padre, Ana quedó poseedora de una modesta fortuna, que le redituaba lo bastante no solo para no ser gravosa á sus protectores, sino tambien para aliviar á los desgraciados, quienes la colmaban de bendiciones.

Un corazon generoso y sensible; una inteligencia recta y despejada; y una instruccion mas que mediana, le constituian un tesoro mas valioso que la mas ingente fortuna; y este además era realzado por la modestia y la benevolencia, que formaban la base de su carácter y le ganaban todas las simpatías.

Penetrada de profunda gratitud hácia sus benefactores, les profesaba la mas entusiasta adhesion y sincero afecto.

Dos años mayor que Virginia, pero de una constitucion mucho mas fuerte y vigorosa que ella, la consideraba como á una pequeña hermana á quien, entre cuidados y mimos, introducía en la senda de la vida tratando de allanarle los obstáculos, y evitándole hasta los mas ligeros sinsabores.

Ana, en rigor, no podia ser considerada como una belleza perfecta.

Examinándola con detencion, solo se le podia conceder que tenia un finísimo cutis blanco y sonrosado, en el que la vista mas perspicaz no hubiera podido descubrir la mas leve mancha. Unos ojos azules que, sin ser muy grandes, eran dulces y expresivos. Y una hermosa cabellera dorada, sedosa y ondulada, que podia servir de manto á su dueño.

Por lo demas no podia decirse que era leve su cintura; ni su cuello de cisne; ni su rostro de un puro perfil griego. Su mayor mérito consistía en poseer un conjunto en que, la distincion y la gracia, formaban íntima alianza; ganándole las simpatías que sus bellas cualidades y su trato amable y fino, sabian convertir en afectos durables.

#### V

El arribo á Lima de la familia Alvarez, tenia por principal objeto aguardar la próxima llegada del hijo primogénito, que regresaba de Europa despues de diez años de

ausencia; empleados, nueve de ellos en estudiar la ingeniería con notable aprovechamiento, y el décimo, en viajar por Alemania, Francia, Inglaterra é Italia.

Contraído al estudio por deber y por gusto, habia conservado intacto el santo amor á la familia y á la patria, que sus padres le inculcaron en la niñez.

Al contrario de tantos jóvenes que á la par que cultivan su inteligencia, corrompen su corazon; y que regresan al país natal gastados y sedientos de placeres materiales, desdeñando todo lo que ántes amaran, Eduardo á juzgar por sus cartas cada vez mas tiernas y afectuosas, anhelaba volver al lado de sus padres de cuya ancianidad se prometía ser el sosten; ver el cielo de la patria y trabajar como un buen hijo por su engrandecimiento.

Ya puede suponerse con cuanta impaciencia seria esperado por todos, y especialmente por su cariñosa madre que angustiosamente habia contado hora por hora los largos dias de su ausencia. De su madre que lo vió alojarse niño de quince años, y aguardaba verlo llegar joven de veinticinco, con todas las perfecciones y méritos que su maternal afecto se complacia en atribuirle.

El dia de su llegada, fué el de una fiesta solemne en la casa, á la cual concurren todos los parientes y amigos.

Todos se disputaban la preferencia para abrazarlo ó estrecharle la mano; y la feliz madre no se saciaba de contemplar su elevada estatura, su porte varonil, y la correcta regularidad de sus facciones, que para ella formaban un conjunto de perfecciones sin rival.

#### VI

Entre los antiguos condiscípulos y amigos de Eduardo, se encontraba Tomás Lira.

Habia seguido la carrera de abogado, en la que habria podido distinguirse ventajosamente, si se hubiera dedicado con asiduidad al estudio y al ejercicio de su profesion; porque no carecia de talento.

Por desgracia, el excesivo mimo de sus padres habia principiado á viciar su carácter; ya de joven, la vida silenciosa y las malas compañías habian acabado de pervertirlo.

Una gallarda figura, y cierto barniz de buena sociedad, hacian sin embargo que fuera generalmente bien aceptado.

Habia perdido casi por completo la fortuna que heredara de sus padres, y aspiraba á rehacerla por medio de un matrimonio ventajoso.

Esto es bien recibido por la sociedad, y un hombre no se degrada ni pierde su honorabilidad, porque le mienta amor á una mujer; aunque le jure fidelidad al pié de los altares con solo el propósito de hacerse árbitro de su fortuna.

Sabedor de que Don F. Alvarez era inmensamente rico, y de que su cuantiosa herencia, era divisible únicamente entre sus dos hijos, calculó que Virginia era el partido que le convenia.

Desde luego tomó la resolucion de pretender su mano sin cuidarse de averiguar si las cualidades y atractivos de la que escogía para compañera de su vida, hallarian eco en su corazon y, ménos aun, si podria él hacerla feliz.

Utilizando sus antiguas relaciones, se presentó el mismo dia de la llegada de Eduardo. Este, lo mismo que sus padres, lo invitó á que frecuentara la casa, y lo acogió con afectuosa franqueza. Ofrecimiento que Lira aceptó presuroso como que favorecia sus ínicuos planes.

La hermosura y gentileza de Ana, le impresionaron vivamente; pero siendo asunto de cálculo que no de simpatía el que á aquella casa lo llevara, se apresuró á acallar las importunas indicaciones de su corazon, dedicándose con fria impasibilidad á conquistar el de la inocente y sencilla Virginia.

La empresa era harto fácil para quien como él estaba habituado á esa clase de intrigas en que, para satisfacer un capricho, se juega con el corazon y la honra de la mujer.

Su agraciada figura, sus modales de buen tono, y hasta cierto aire de conquistador, ofuscaron á la sencilla provinciana que muy pronto correspondió su mentida pasion, con un afecto tan vehemente como sincero y profundo.

El solia turbarse á la vista de Ana hácia la cual se sentia fuertemente inclinado; pero pronto recobraba su aplomo, y continuaba representando su indigna farsa con Virginia.

#### VII

No tardaron en apercibirse los señores de Alvarez de la creciente inclinacion de su hija hácia Lira, y de las poco embozadas pretensiones de este.

Don Fernando se encargó de tomar informes acerca de los antecedentes del joven pretendiente.

Ellos no fueron del todo satisfactorios, sobre todo en cuanto á la moralidad de su vida privada; pero siendo la sociedad tan indulgente con las faltas del hombre, siempre que ellas no afecten lo que convencionalmente se

llama honor, resultó que, á juicio de Don Fernando, no habia justificado motivo para rechazar su pretension caso de que llegara á presentarla de una manera formal, como era probable.

Doña Isabel, con la perspicacia propia de su afecto maternal, conocia que las cualidades del pretendiente de su hija, no eran tales que ofrecieran suficientes garantías de que sabria hacerla feliz; pero tampoco se le ocultaba que la pasion de Virginia no haria sino encenderse mas y mas por la contrariedad.

En esta indecision y acostumbrada á someterse sin réplica á la voluntad un tanto dominante de su esposo, dejó á este el cargo de resolver en tan delicado asunto.

#### VIII

Virginia, que tenia una confianza ilimitada con Ana, le habia dicho á esta cierto dia:

—Anita, que te parece Tomás Lira?

—En cuanto á físico, me parece buen mozo, contestó Ana con cierta reticencia.

—Y en lo demas? insistió Virginia.

—No se me oculta, hermana mía, contestó Ana, la simpatía que Lira ha logrado inspirarme; pero si he de hablarte con la franqueza que acostumbro, no me satisface, ni creo que posea las cualidades que para merecerte serian necesarias.

—Explicame; que es lo que en él te desagradó?

—Me pones en un apuro, porque á la verdad yo no tengo cargo fundado que hacer contra él; pero casi por intuicion, conozco que no es el hombre que yo desearia para tí. Querria yo que poseyera un espíritu mas recto y elevado; un corazon mas sensible y generoso; algo en fin que no te puedo explicar bien; pero sí puedo asegurarte que no es tal como yo me imaginaba al que debia ser tu esposo, cuando en nuestros paseos á la puesta del sol bajo los árboles de la huerta, nos comunicábamos nuestros mas íntimos pensamientos, pretendiendo descorder el velo del porvenir.

—Anda, soñadora, contestó Virginia; tu siempre estás viendo visiones. Estoy cierta de que te has forjado un ideal acerca de los que han de ser nuestros esposos, que de fijo entre los simples mortales no encontrarás ninguno que satisfaga tus aspiraciones; y de esa manera, seria menester que nos resignáramos á quedar para vestir imágenes. Por mi parte no me siento con vocacion para ello.

—Que quieres, Virginia, contestó Ana entristecida por el tono irónico y sarcástico de su amiga; estoy tan habituada á dejarte conocer mis pensamientos que, aunque sabia que en esta vez no estaban de acuerdo con los tuyos, no he podido decidirme á ocultártelos.

—Pero permíteme que te observe que tú pretendes imposibles. Adónde se encontraría el hombre perfecto que tu imaginacion ha forjado? Entre los muchos que visitan nuestra casa, indícame alguno que reúna siquiera la mitad de las cualidades que tú exiges. Estoy segura que no lo encontrarás; porque los seres perfectos solo existen en el cielo, y en las imaginaciones exaltadas como la tuya, querida Ana.

—Para probarte que tambien se encuentran en la vida real, bastará que te fijes en tu hermano Eduardo. Posee una vasta instruccion, y la oculta con una modestia que realza su mérito. Lejos de estar orgulloso con su riqueza, es sencillo en sus gustos y nada pretensioso. Sin embargo, nadie lo gana á generoso con sus amigos, ni á liberal y compasivo con los necesitados. Es elegante y gracioso sin afectacion, y la nobleza de su alma parece estar retratada en su hermoso y expresivo semblante.

—Has hecho la apología de Eduardo, le dijo Virginia, sonriendo maliciosamente; y cuando lo sepa el agraciado, acaso disminuya esa modestia que le concedes y que yo á fuer de justa tambien la reconozco.

—Pero es que tú no le dirás ni una palabra de esto que hemos hablado, contestó Ana sonrojándose; porque ma enojaria con todas veras, si tal hicieras. Aunque al hacer justicia á su mérito, no he procurado sino persuadirte de que existen lo que tú llamas sueños de mi fantasía, no es menester que él se entere de estas conversaciones íntimas.

—Pues te ofrezco, dijo Virginia, haciendo un ademán de fingido enojo, que si no reformas tu opinion respecto de Lira, y si continuas haciéndole la guerra como ahora, le cuento á Eduardo lo que me has dicho.

—Anda, loca, contigo no se puede hablar seriamente. Tan encaprichada estás con tu Lira, que acabarás por hacérmela ver tan lleno de méritos como tú te lo imaginas.

(Continuará.)

debemos muchos malos pensamientos, y á la familia algunas bellas acciones.

Decidme, ¿por qué las locuras de que nos envanece-mos ante la sociedad nos avergüenzan ante la familia? Porque la sociedad es nuestro cómplice y la familia nuestro remordimiento.

Caeis, y la sociedad se rie y la familia se aflige, porque en el dia de las tribulaciones la lisonja nos vuelve la espalda y el cariño nos tiende los brazos.

La sociedad es el placer, la vanidad, la holganza y el lujo; la familia es la economía, la virtud, el órden y el trabajo.

J. SELGAS.

## UN MARTIR POR LA PATRIA.

(PERU 1823.)

Del Chorrillo al Callao la travesía  
Franquea, á nado, por el mar, Olaya,  
Intrépido llevando á la otra playa  
Un parte que la patria le confia.

Llega; mas ¡ay! entre la noche umbria  
Lo apercibe del Fuerte un atalaya;  
¡Alerta! grita y lo mantiene á raya,  
Mientras la guardia del torreón salia.

Y preso, interrogado, al enemigo  
Su objeto oculta, y sin igual tormento  
A la vil delacion, noble prefiere.

Y como el pliego que guardó consigo  
Ya se le escapa en el postrer momento,  
Presto lo estruja, se lo traga y muere.

CHABOT.

## AMBICION Y ABNEGACION.

(Conclusion.)

IX

Poco tiempo despues de esta conversacion de las dos amigas, Lira se dirigia á los padres de Virginia pidiéndoles á esta en matrimonio.

Al dar este paso decisivo, no dejó de sentir remordimientos. Su conciencia le reprochaba que por una indigna sed de oro sacrificaba el porvenir de la inocente jóven, que no tenia mas culpa que la de amarle con exceso, y haber sido bastante crédula para dar fé á sus mentidas protestas de amor. Pero la codicia sofocó la voz de la conciencia.

Don Fernando prestó su consentimiento, despues de consultar la voluntad de su esposa y de su hija.

El matrimonio quedó fijado para dos meses despues, y se efectuó el ocho de Diciembre con todo el lujo y magnificencia que al rango y riqueza de la novia competian.

Virginia, con el elegante y poético vestido de novia; coronada de blancos azahares, y radiante de felicidad á pesar de la emocion que la dominaba, estaba transfigurada.

Mas de uno de los numerosos asistentes á la boda envidió la suerte de Lira.

Entre tanto, los amigos íntimos del novio observaron que no mostraba la satisfaccion que era de esperarse. Notaron que estaba taciturno y preocupado, y que en el momento en que, interrogado por el sacerdote, tuvo que contestar el solemne sí, vacilaba y su voz era trémula y apagada.

Sin duda se arrepentia, aunque tarde, de su mala accion; aunque sin presumir todavía que el castigo habia de seguir muy de cerca á la culpa.

Obligado á vivir en la casa de sus suegros, condicion que le impusieron al concederle la mano de Virginia y que él aceptó sin vacilar, á cada instante podia comparar la gallardía y gentileza de Ana con el endeble y enfermizo aspecto de su esposa, cuyas caricias llegaron á inspirarle aversion.

Su amor á Ana crecia como toda pasion comprimida, y le causaba raptos de desesperacion.

Para colmo de desdichas, tenia que ser el confidente de Eduardo que tambien amaba á Ana con una pasion tanto mas intensa y sincera, cuanto que, mas que en la hermosura física, se fundaba en la estimacion y en el íntimo conocimiento de sus revelantes méritos.

X

Eduardo sabia que su padre tenia fuerte empeño en casarlo con la hija de un amigo suyo. Pero aunque inmensamente rica, la esposa que desde muy atras le desti-

naba su padre, no habia podido inspirarle el ardiente amor que por la pobre huérfana sentia desde que la conoció.

Sabia que, si lograba ver satisfechas sus aspiraciones, seria chocando con la imperiosa voluntad de su padre; pero vehemente y decidido tambien por su parte, y fuerte con la justicia que le asistia al querer disponer de su suerte y asegurar su felicidad donde creia encontrarla, se sentia con sobrada fuerza de voluntad para vencer todos los obstáculos que se le opusieran, siempre que contara con el amor de Ana.

La reserva de ella lo tenia en la mas cruel incertidumbre.

Ya una mirada afectuosa, ó una dulce sonrisa que sorprendia en los labios de su amada, lo colmaban de felicidad y, creyéndose correspondido, se forjaba las mas lisonjeras ilusiones.

Ya creia advertir que lo miraba con frialdad ó indiferencia, y nuevas dudas venian á torturar su corazon.

Mas de una vez habia intentado provocar una explicacion decisiva; pero Ana habia logrado siempre esquivarla.

XI

Entre tanto, la infeliz Virginia no habia tardado en comprender que el apasionado afecto que por su esposo sentia, era correspondido por la mas glacial indiferencia, cuando no fuera por un marcado desvío.

Demasiado altiva para quejarse, se encerró en la mas completa reserva. Aparentando una tranquilidad que estaba muy distante de sentir, sufría un pesar tanto mas agudo é intenso, cuanto que no se permitia expansion alguna.

Nunca la mujer discreta acusa al hombre amado ante sus padres ó allegados; porque presente que en tanto que ella seria feliz perdonando al culpable arrepentido, sus deudos serian inexorables, y siempre recordarian los sufrimientos que le hubieran ocasionado.

Por uno de aquellos inexplicables misterios del corazon humano, por muy irritados que nos encontremos contra un ser querido, nos duele que otro se abrogue el derecho de acusarlo y dirigirle reproches.

Si Lira hubiera tenido una madre ó una hermana, que, á la vez que reconociera sus faltas, tratara de excusarlas; Virginia le hubiera confiado sus quejas; pero de su propia familia ocultaba cuidadosamente sus pesares.

A Ana estaba habituada á considerarla como si verdaderamente fuera su hermana, y sabia que de antemano tenia alguna preparacion contra Lira á quien habia juzgado desfavorablemente en sus conversaciones íntimas, cuando principió á pretender su mano.

A esto se añadia un vago presentimiento de que tenia en ella una rival aunque inocente, y el tormento de los celos principiaba tambien á torturar su corazon.

En situacion tan crítica, ocurrió por consuelos á la religion; pero hay criaturas que parecen predestinadas al sufrimiento, y Virginia era una de ellas.

Un sacerdote ilustrado y prudente hubiera calmado sus angustias, aliviando su tribulacion con saludables y oportunos consejos.

Por su desgracia dirigióse á uno de aquellos que se empeñan en presentar á Dios no como á un padre amoroso y bienhechor, sino como á un juez implacable y terrible, cuya severidad solo puede aplacarse con una vida de expiacion y mortificaciones. Uno de aquellos, para quienes los mas inocentes placeres son actos mundanos y peligrosos. De aquellos que, siendo la vida ya por sí harto penosa y sembrada de sinsabores, se esfuerzan en hacerla un árido desierto sin un solo oasis en que reposar y restaurar las fatigadas fuerzas.

Con un director de esta clase, ya puede suponerse que los ayunos y penitencias eran tan frecuentes, como rigurosos é indiscretos.

Los ruegos y consejos de sus padres eran desoídos por la infeliz fanatizada, cuyo cerebro debilitado principiaba á sufrir extrañas alucinaciones.

Tan exagerado misticismo vino á completar la obra de los pesares.

Lo que no hubiera podido resistir sin grave detrimento una persona robusta, forzosamente habia de aniquilar á una de constitucion débil y enfermiza.

XII

Pronto se apercibió Doña Isabel con terror de que el cerebro de su hija flaqueaba, y que algunas veces perdia el hilo de las ideas.

Sus ademanos adolecian de una extraña precipitacion, y con frecuencia decia frases incoherentes.

No pasó mucho tiempo sin que esta cruel sospecha se

convirtiera para la infeliz madre, en aterradora certidumbre.

Acercósele su hija, y en tono confidencial pero tranquilo, le dijo, tomándole la mano:

—Mamá, vas á prometerme una cosa, si es que de veras me quieres.

—¿Puedes dudar, hija mia, de mi anhelo por complacerte? habla; ¿qué es lo que deseas?

—Júrame por la salvacion de tu alma, que si la criatura que pronto dará á luz, es mujer, luego que esté bautizada le harás dar la muerte.

—Como te expresas de ese modo, querida Virginia, dijo la atribulada madre aparentando serenidad; tú tan religiosa y tan buena, cómo has podido dar pábulo á tan inhumano pensamiento? Desecha tan horribles ideas, y ocúpate tan solo del gozo que sentirás al estrechar sobre tu pecho al fruto de tu amor.

—Nó, nó, mamá; quiero que mi hija sea un ángel en el cielo, y no una desgraciada como yo en la tierra. Tómame, no la querria; la aborreceria como á mí.

Al terminar estas palabras, lanzó una estridente carcajada, y se marchó entonando una cancion religiosa, sin apercibirse de la afliccion de su madre, quien á pesar de sus esfuerzos, no podia contener el llanto que la ahogaba al contemplar el lastimoso estado de su hija.

XIII

Desde el dia de su malhadado matrimonio, Lira no habia podido disfrutar de un solo momento de felicidad.

Las riquezas que tanto ambicionara, de ninguna manera lo satisficaban.

El trato con sus antiguos amigos, no tenia ya ningun atractivo para él, se imaginaba que interiormente lo acusaban de haberse vendido, al contraer un matrimonio sin amor y de puro cálculo.

A fuerza de creerse despreciado, acabó el mismo por despreciarse.

La locura de su esposa fué el golpe de gracia que acabó de sumirlo en la desesperacion.

Los accesos eran mas violentos y frecuentes cuando él se encontraba presente. En ellos la pobre loca le hacia los mas sentidos y justos cargos, que no eran sin embargo tan severos como los que su propia conciencia le dirigia, en vista de los desastrosos efectos de su malhadada ambicion.

Con el propósito de huir del lastimoso espectáculo que incesantemente lo torturaba, solicitó y obtuvo una judicatura en una de las provincias del interior, adonde se marchó, perseguido siempre por sus implacables remordimientos.

XIV

Poco tiempo ántes de estos deplorables sucesos, Eduardo cuya pasion por Ana habia ido en aumento, sin lograr verse correspondido por ella, habia aceptado una colocacion lucrativa pero difícil que le fué ofrecida.

Lo alentaba la esperanza de que, una ausencia prolongada y una activa ocupacion, le distraerian y tal vez lograria olvidar á la hermosa ingrata que parecia corresponder su ardiente amor, con la mas glacial indiferencia.

La casa de don Fernando Alvarez tan alegre y concurrida dos años ántes, se convirtió en una tétrica mansion, de donde aquella multitud de amigos de los tiempos felices que siempre rodea á los ricos se apresuró á alejarse.

Ana era allí el ángel de la caridad y de la abnegacion, ocupándose de continuo en aliviar tantos quebrantos.

Nadie mejor que ella lograba calmar los accesos de furor ó de melancolía de la infeliz loca, distraerla, é inducirle con dulzura á seguir el tratamiento prescripto por los médicos.

Ella era la única capaz de dar algun consuelo á la pobre madre, que se sentia morir lentamente viendo la irreparable desgracia de su hija.

Ella, en fin, la que, con sin igual delicadeza y fino tacto, dulcificaba las angustias del anciano don Fernando que, bajo de una aparente rigidez y fortaleza, se doblegaba ante el peso de tamaña adversidad.

Y Ana por su parte sufría, no solo los pesares de su familia de adopcion, sino además los suyos propios.

Su corazon no habia podido permanecer indiferente á las nobles y bellas cualidades de Eduardo, y al profundo y respetuoso amor que le profesaba.

Pero leal y de una rectitud de principios inquebrantables, conociendo que darle oídos seria poner en pugna al padre con el hijo, y destruir una de las mas halagüeñas esperanzas de su protector, hizo el firme propósito de

sacrificar su felicidad, ocultando en lo mas recóndito de su corazon un amor que, á pesar de sus esfuerzos le era imposible destruir.

Y su sacrificio era tanto mas meritorio, cuanto que las personas en favor de quienes iba á realizarlo, debian ignorarlo siempre.

## XV

Habian paasado ya seis meses desde que la locura de Virginia se presentó con pruebas irrecusables, y el dia de su alumbramiento estaba ya muy próximo.

Los médicos que la asistian, abrigaban la esperanza de que se presentara en ese acto una crisis decisiva y favorable que salvara á la enferma.

Enterada de ello la familia, se lo comunicó á Lira que inmediatamente se puso en marcha para la capital.

A su llegada, difícil les fué reconocerlo á sus amigos y parientes.

En tan pocos meses, se habia operado en él un cambio extraordinario.

Su frente estaba surcada de arrugas prematuras. Su negra cabellera se habia tornado casi blanca, y su mirada habia perdido el brillo y vivacidad de la juventud.

Su semblante todo mostraba las huellas indelebles de agudos pesares ó de tenaces remordimientos.

Por fin llegó el dia tan ansiosamente temido y esperado.

El rostro de la enferma denotaba una calma y lucidez que presagiaban felices resultados.

Todas las precauciones indicadas por la ciencia y la experiencia, habian sido tomadas por los facultativos y la familia de la paciente.

Despues de algunas horas de dolores y sufrimientos, dió á la luz una hermosa niña que se apresuraron á presentarle anhelando ver el efecto que su vista le producía.

Al recibir á su hija, Virginia se estremeció; pero pasado el primer instante de estupor, la estrechó convulsivamente entre sus brazos, y copiosas lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas, rociando el rostro de la recién nacida que ella cubria de apasionados besos.

Los médicos declararon unánimamente que estaba salvada; pero que se encontraba tan débil y delicada, que su estado requería los mayores cuidados.

Una impresion algo fuerte, ó cualquiera de los muchos accidentes que tan corrientes son despues del alumbramiento, podrian ocasionarle la muerte.

Por desgracia, tan fatal pronóstico tardó muy poco en cumplirse.

Al tercer dia, cuando sus padres por tanto tiempo abatidos con su desgraciada situacion, concebían las mas lisonjeras esperanzas, y que el mismo Lira, principiando á sentir la mas tierna afeccion por la madre de su hija, por la mujer que tanto habia sufrido por su causa, pensaba que, aplacada ya la divina justicia, aún podria gozar de dias tranquilos y felices; cuando junta con la esperanza renacia la alegría en todos los corazones, se presentó una fiebre violenta que pronto hizo desesperar de su vida.

Seis dias despues, el alma de la esposa mártir habia volado al cielo.

En sus últimos momentos, su razon apareció mas clara y despejada que nunca.

Conociendo que se acercaba el término de su existencia, reclamó con instancia los auxilios religiosos que recibió con el mayor fervor.

Mas ocupada de los demas, que de sus propios padecimientos, exhortaba á sus padres á la resignacion, y les prodigaba los mas tiernos consuelos.

Para el hombre que fué el verdugo de su felicidad, solo hubo palabras de paz y perdon, y concluyó diciéndole:

—Vela por la felicidad de nuestra hija; dedícale el amor que su infortunada madre no supo inspirarte. Desde el cielo rogaré por vosotros, y confío en que el Dios de las misericordias escuchará mis ruegos y algun dia nos reunirá á su lado. Y ahora, voy á hacerte mi postrema súplica que espero no la desatenderás.

—Habla, te juro que tu voluntad será cumplida, dijo Lira profundamente conmovido.

—Por mucho que ames á nuestra pequeña Angélica, añadió Virginia, te será imposible prestarle los cuidados que su sexo y su tierna edad reclaman; por lo mismo, te ruego que no la separes del lado de mi madre y de Anita, que sea esta quien forme el corazon y eduque la inteligencia de mi querida hija, con esta esperanza moriré tranquila.

—Te repito que serás obedecida, contestó Lira.

Por último llamó á Anita que, con la criatura en brazos, se acercó á su lecho anegada en llanto, y le dijo:

—Anita, hermana mia, siempre haz sido buena é in-

dulgente para conmigo, y tu cariño jamas se ha desmentido. Mi corazon rebosa gratitud hácia tí: en prueba del entrañable efecto que te profeso, te dejo en herencia mi mayor tesoro, mi hija. Sé tú su madre, y procura que no sea tan infeliz como la que le dió el ser. Que, siguiendo tu ejemplo y educada por tí, se te asemeje, es toda mi ambicion. No te encargo, querida Ana, que consueles á mis padres, porque tu corazon te lo dirá con mayor elocuencia y persuacion que padiera hacerlo yo: ojalá que de igual modo te inclinara hácia Eduardo que te ama con delirio! pero no le des tu mano, si al mismo tiempo no puedes darle tu corazon, porque seria tan desgraciado como yo.

Su agonía no fué larga ni dolorosa. El ángel de la muerte posó sus alas sobre ella, y llevó á la eternidad su alma purificada por el dolor y la expiacion.

## XVI

Profundamente afectado por la muerte de Virginia, Lira se alejó de aquella casa en donde todo se la recordaba y parecia enrostrarle su agostada juventud y su prematura muerte.

Consecuente con la promesa que ántes de morir le hiciera, dejó á la niña al cuidado de su abuela y de Ana, y se fué al lugar de su destino, donde, dedicándose con asiduidad al estudio y al trabajo, procuraba encontrar un lenitivo á sus pesares.

Doña Isabel, momentáneamente reanimada al ver que su hija recobraba la razon, no pudo resistir este postrer golpe.

A pesar de los incesantes desvelos de Ana, quien con infatigable actividad repartía su tiempo entre los cuidados de su hija y de sus padres adoptivos, se veía que la infeliz señora languidecía y se demacraba rápidamente.

Sintiendo que se acercaba su postrera hora, le escribió una tiernísima carta á Eduardo, rogándole que viniera á hacer ménos amarga su agonía con su presencia, y á recibir su bendicion.

Eduardo acudió presuroso.

La desgracia de su hermana á quien amaba tiernamente, y sus propias penas lo tenían agobiado; pero á la vista de su madre moribunda, su dolor no reconoció límites, y fué ella quien tuvo que consolarlo y recordarle la esperanza de que la separacion no seria eterna.

En una de aquellas conversaciones que el presentimiento de una próxima separacion hacia mas íntimas y expansivas, ella le dijo:

—Eduardo, desde hace mucho tiempo conozco tu predileccion por Anita. No podías haber elegido una mujer mas noble y digna de tí. Tampoco creo equivocarme al asegurarte que ella corresponde tu amor; pero buena, abnegada y consecuente hasta el extremo, oculta con cuidado su inclinacion hácia tí, temerosa de desagradar á tu padre cuyos proyectos conoce, y de introducir la discordia entre la familia que la ha acogido en su seno.

—Madre mia, interrumpió Eduardo, si yo pudiera ser feliz en este instante, tus palabras me harian el mas dichoso de los hombres, porque Anita ha realizado para mí, el ideal de la mujer perfecta como en mis juveniles sueños solia imaginarla; pero la he amado sin esperanzas y mucho temo que en esta vez falle tu perspicacia engañada por tu maternal afecto.

—Muchas veces me he acusado, continuó doña Isabel, de haber contribuido tal vez por debilidad, á la desgracia de Virginia, y este pensamiento me atormenta cruelmente; pero el carácter violento de tu padre, siempre me ha intimidado, y nunca me atreví á oponerme á su voluntad. Ahora tentaré el hacerlo siquiera sea para rescatar mi anterior falta. Si logro persuadirlo y obtener su consentimiento, sondearé á Anita; y si se allanan los obstáculos que hoy se oponen á tu felicidad, moriré contenta.

—Pero te suplico querida madre, que al hablar con Anita sobre este delicado asunto, emplees todo el tacto y finura que te distinguen. Sabes que ella lleva ciertas cualidades hasta la exageracion, y capaz seria de sacrificarse por gratitud y afecto hácia tí; y tal idea ten por cierto que bastaria para acibarar la dicha de poder llamarla mi esposa.

—Ten confianza en mí, contestó doña Isabel, y cuenta con que el recuerdo de Virginia casada con un hombre que por desamor la hizo desgraciada, me hará doblemente precavida.

## XVII

No le fué difícil á doña Isabel, persuadir á su esposo de la conveniencia de prestar su consentimiento para el enlace de Eduardo con Anita.

A mas de que sus palabras tenían la autoridad que

presta la cercanía de la muerte, el inflexible carácter de don Fernando se hallaba doblegado por el infortunio que lo acosaba hacia algun tiempo.

Además, la ternura y angelical bondad de Anita, los cuidados tan inteligentes como oportunos que le prodigaba, casi anticipándose á sus necesidades y deseos, le habian conquistado en el corazon del anciano el puesto que dejara vacío la prematura muerte de Virginia.

El tenerla cerca de sí era ya para él una necesidad imprescindible.

Habia desistido por completo de sus proyectos ambiciosos, cifrando todo su anhelo en la paz y la tranquilidad domésticas.

Una vez obtenido el consentimiento de su esposo, doña Isabel que era infatigable mientras no viera logrado su deseo de dejar asegurada la felicidad de su hijo y de la misma Anita á quien queria entrañablemente, buscó la ocasion de estar con ella á solas, y le dirigió la palabra en estos términos:

—Muchas veces me has repetido, Anita, que me amabas como si verdaderamente fuera tu madre, y nunca lo he dudado, porque en mi corazon ocupas desde hace mucho tiempo, el lugar de una hija querida; hoy voy á pedirte una prueba de ese cariño, y no dudo que me la darás.

—Hable usted, querida madre, contestó Anita con efusion, y estoy cierta de que mi único anhelo es complacerla, y que, si á costa de mi vida pudiera prolongar la suya que me es tan cara, no titubearia en sacrificársela á la que me amparó en mi orfandad, y que siempre ha sido para mí una madre indulgente y cariñosa.

—Principiaré por ofrecerte que el secreto que me confies, si tú lo exiges, bajaré conmigo á la tumba. Y ahora díme, prosiguió Doña Isabel fijando en Anita una mirada penetrante y escudriñadora, como si tratara de leer en lo mas íntimo de su alma; ¿sientes inclinacion por algun hombre? ¿hay alguno á quien dieras con gusto el título de esposo?

Al oír estas preguntas que estaba muy distante de esperar, Ana pasó alternativamente del encarnado mas subido á la mas densa palidez.

Su pecho se levantó convulsivamente. Sus labios se movieron como para articular palabras, pero su garganta se negó á producir sonido alguno.

—Tan poca confianza te inspiro, hija mia, que no te decides á confiarme tus sentimientos? le dijo Doña Isabel con cariñosa entonacion, compadecida de la turbacion de la jóven.

—Puesto que usted lo exige, contestó Anita con trémula y apagada voz, voy á revelarle un secreto que habia jurado que no saldría del fondo de mi corazon, y que habria querido poder ocultarlo hasta de mí misma..... Amo á Eduardo..... He combatido este amor con todas mis fuerzas. Sabia muy bien que nunca llegaria á ser su esposa sin causar un gran disgusto á mis protectores, y, á tanta costa, no queria obtener una felicidad que siempre seria turbada por los reproches de mi conciencia, que me acusaria de haber correspondido á tantos beneficios con la mas negra ingratitud.

—Pero, querida hija, observó Doña Isabel conmovida, de ese modo te condenabas á una perpétua infelicidad.

—Usted sabe muy bien que el cumplimiento del deber proporciona una satisfaccion tanto mayor, cuanto mas penoso y difícil ha sido el sacrificio que nos hemos impuesto. Además los cuidados y la educacion de Angélica, espero que me ocuparán lo bastante para que pueda olvidarme de mí misma, y su cariño me recompensará de todas las penas que deba sufrir hasta que logre dominar esta fatal inclinacion.

—No, hija mia, no tendrás que condenar tu juventud y tu belleza á un perpétuo aislamiento, tu abnegacion y tus virtudes bien merecen ser premiadas: mi esposo consiente gustoso en tu matrimonio con Eduardo, y yo, si fuera necesario, te suplicaria que consintieras en hacer feliz á mi hijo que siente por tí el mas sincero amor y la mas profunda estimacion.

Al oír estas palabras, Ana trasportada de gozo, se arrojó á los brazos de su madre adoptiva, prodigándole las mas tiernas caricias, y ambas confundieron sus lágrimas que en esta vez eran de alegría, de gratitud y de esperanza.

## XVIII

Al separarse de los brazos de Anita, Doña Isabel hizo llamar inmediatamente á su hijo para darle la feliz nueva que fué recibida por él con los mayores trasportes de gozo.

Quince dias despues, se efectuó el matrimonio de Anita y Eduardo, sin pompa alguna por voluntad expresa de

los contrayentes, siendo los padrinos Don Fernando y Doña Isabel. Esta, gozosa y satisfecha con la felicidad de sus hijos, se reanimó, vivió algunos meses mas, y, cuando al fin murió con la serenidad de los justos, llevó el consuelo de que dejaba asegurada la paz y la ventura de los suyos.

MARIA DE LA LUZ.

### DESALIENTO.

¡Basta ya de vivir! estoy cansada.....  
Aborrezco la luz del claro día,  
Quiero en la sombra de la tumba fría  
Ocultar esta frente marchitada.

¿No cumplí mi misión desventurada?  
¿Qué mas quiere de mí la suerte impia?  
Ya bebí hasta las heces la agonía  
De la vida en la copa acibarada.

Ahora siento mis fuerzas agotadas;  
El placer y el dolor me hallan inerte;  
Donde fijo mis téticas miradas

El mundo en un osario se convierte,  
Y, al ver mis esperanzas sepultadas,  
Solo aspiro al silencio de la muerte.

MERCEDES BELZU DE DORADO.

### GARTA MARITIMA AMOROSA.

Gaviota de mi alma:

Desde el día en que tomé tierra (que era miércoles), mi vida es un continuo martirio. Al verte, mi corazón palpó violentamente. Tus miradas de fuego hicieron en mi alma estragos quizás mas terribles, que los producidos por potentes culebrinas de buque pirata.

Atraído y hechizado por la hermosura de tu casco y el acompasado vaiven de él, me situé en las proximidades del lugar en que estabas fondeada, por marcaciones á Broggi y Cohen, y me aguanté en facha sobre el velacho.

Dos horas despues, levaste anclas y te pusiste en movimiento, convoyada por una fea y vieja fragata (que supuse fuera tu abuela), con rumbo á la plaza de Armas. Franquearme, dar rumbo y orientar convenientemente mi aparejo, fué obra de un segundo. Comencé á hacer cabeza y bien pronto tomé arrancada: navegaba á la cuadra, tan bien y de un modo tan veloz, como tú lo hacías en popa.

Pero ¡voto á Neptuno! tu capitana fragata cambió de rumbo para navegar en trece cuantas y librarte de la caza que ya estaba próximo á darte. Así es que para seguirte las aguas, tuve que virar de bordo ó sea por delante, en lo que perdí barlovento, pues una gruesa y boba marejada me hacia ronzar demasiado.

Mas ¡fuegos de San Telmo! estando á un cumplido tuyo, se interpuso entre ambos una multitud de feos y viejos bajeles que impidieron ponerme al habla contigo.

Felizmente, y á pesar que esa ballena de tu abuela lo hizo por desorientarme, recaló al puerto «Catedral» en donde poco despues que ustedes fondearon, arrivé yó y me puse al páiro.

El temporal allí era disecho, y muchas eran las barcas que lo capeaban; entre ellos yó, que estaba á palo seco.

La mar era muy gruesa y la voz de trueno del tiburón del fraile que hacia la féria, conmovia el lastre de esa multitud de embarcaciones, cuyas almas estaban á la pendura.

Al fin cesó la turbonada, y franquéandome entre todas, navegué por tus aguas hasta la pila, en donde viré por redondo para navegar en vuelta encontrada. Por espacio de dos horas, nos rascamos continuamente nuestros costados y penoles, despreciando, eso sí, los bombazos y aun andanadas que muy repetidas veces me dirigió tu abuela fragata.

Como recordarás, habiéndose aquella tomado por delante, perdió camino, y pudimos, aunque por un momento, ponernos al habla. En él, te declaré mi amor; pero ya que logro hoy la ocasion de dirigirte la presente, concluiré diciéndote: que acrece mas y mas, y que de consiguiente necesito saber si me correspondes, para tomarme los rizos y cargar los sobros y juanetes, no sea que me tome desprevenido el chubasco.

Diariamente estaré de vuelta y vuelta por tus balcones, á fin de lograr verte, aun cuando solo sea por sus enjaretados; á pesar de que hoy he estado por ellos, y so-

lo me he encontrado con el peje-espada de tu hermano, quién, ¡por los cuernos de Santanaz! me es bastante antipático, y expuesto además á ser abordado por los buques que cruzaban, pues para no hacerme notable, navegaba sin las luces de ordenanza.

No dilates, pues, sirena mia, la contestacion que me has de dar, porque de lo contrario lo tomaré á desprecio, y ¡Dios de Dios! soy bravo, y con el palanquin de trinquete aborcarme *nada* me cuesta.

Tuyo:

CUCUFATO.

### LA MUJER QUE ADORO.

Es la púdica vírgen de Murillo,  
Es la hurí de los éxtasis del vate;  
En sus ojos, diamantes de quilate,  
Se vé de la hermosura el dulce brillo.

Su ademan melancólico y sencillo  
Bien armoniza con su rostro mate,  
Y su boca de límpido granate,  
No la debe al carmin de su cepillo.

Su esbelto talle, cual flexible palma,  
Con languidez tan rara lo cimbreo,  
Que hace perder del corazón la calma.

Es su voz una grata melopea;  
Y hasta su nombre es música del alma,  
Pues la indigna se llama *Timotea!*

R. O.

### LA COQUETA.

I

Quando he tratado de escribir algun artículo de costumbres, y he pensado retratar en él un tipo, he buscado alguno que sea, no solo conocido, sino *mal conocido*; es decir, ó excesivamente alabado ó vilipendiado en demasía.

A la coqueta se la juzga con arreglo á uno de estos dos extremos: el odio de todas las mujeres y de algunos hombres, y las simpatías de una pequeña parte del sexo fuerte.

A mi juicio, hay diversidad en la especie de las coquetas, y sin amor propio puedo decir que el juicio de una mujer en este asunto es de mucha mayor validez que el de un hombre.

Si no me engaño, es nuestro esclarecido poeta D. Tomás de Iriarte el que ha definido á la coqueta en estos cuatro versos:

«Es la coqueta, mujer  
Que pasa alegre su vida,  
Anhelando ser querida  
Y no pensando en querer.»

Mas desde que se escribió esta definicion, la especie ha adquirido variedades notables.

La coqueta de que habla Iriarte, tiene en su carácter algo de noble y de bello: el anhelo del cariño dice mucho en favor de quien le abriga, y no será extraño que esa coqueta, aun sin pensar en querer, quiera cuando ménos lo espere, y quiera con pasión y con lealtad.

La coqueta que piensa y siente no es muy temible; pero hay otra que si piensa no siente, y esa es el verdugo de todo el que siente por ella.

La clase de mujeres á que me refiero, desearían inspirar pasiones, pero con la decidida intencion de burlarse de esas pasiones: ansian siempre lo imposible, y el hombre que mas estimasen, el que les fuese mas agradable, le desdeñarían, si le viesen realmente apasionado de ellas.

Estas mujeres temibles quieren dominar en general al sexo que llamamos fuerte; su anhelo no es de amor, sino de dominio; su afán no es de afecciones ni de ternura, sino de homenajes; el cariño las fatiga y las aburre, y no se libra de sus tiros ni el honrado y ejemplar padre de familia; si hay en ellas alguna capacidad para el sentimiento, tal vez alcanza á interesarlas el que mas resiste á sus manejos ó á sus *avances*, como dicen nuestros vecinos los franceses.

II

La coquetería y el coquetismo se confunden generalmente, y no obstante, son muy diferentes: la primera la sienten todas las mujeres desde que despueta la luz de su razon, y algunas veces no las abandona hasta el sepulcro: el segundo no se siente, se ejerce, porque lejos de ser un sentimiento, es un sistema calculado y sujeto á reglas.

El coquetismo, y no la coquetería, es lo que hace las coquetas; porque el coquetismo lo ejercen únicamente las mujeres de corazón frío, y de poco elevados sentimientos.

La coquetería es conveniente: constituye el principal encanto de la mujer, y necesita conservarla para su felicidad, porque la coquetería es una especie de conocimiento de su propio mérito, que la induce á realizarlo en cuanto puede con mil graciosos é inocentes recursos; puede decirse que la coquetería es un deseo constante de agradar.

Hay algunas mujeres dotadas de encantadora coquetería en su juventud; todo participa de ella, sus acciones, su traje, sus palabras, y hasta sus menores movimientos; su mas vivo deseo es complacer; y yo encuentro en esa constante ocupacion del placer de los demas algo de generoso y tierno.

Su coquetería las hace siempre amables y dulces: su coquetería las inclina á cultivar todo género de habilidades, y á presentarse, aun en familia, bien y elegantemente prendidas: su casa está siempre cuidada con esmero, y en la colocacion de los muebles, en los pliegues de las cortinas, en la fisonomía general que presenta su domicilio se ve ese anhelo de complacer que cautiva todas las voluntades.

Nó, no es la coquetería lo que hace las coquetas, porque la coquetería, la amable y graciosa coquetería, se emplea tambien con éxito para alcanzar las simpatías de nuestro sexo; coqueterías son los mil pequeños servicios que una mujer puede prestar á otra para captarse sus simpatías.

¡Cuántas cosas que parecían imposibles, han conseguido una dulce mirada, una palabra amable, una frase dicha á tiempo, y dicha con deseo de agradar!

III

El coquetismo no tiene la abnegacion y la generosidad de la coquetería; no imprime en la que lo ejerce el sello del talento, si el de la astucia y falsedad; el coquetismo es fastuoso y deslumbrador, pero carece de ese atractivo inherente á todo aquello en que toma parte el corazón; anhela que se le rinda tributa, no amor; es vano, pero no sensible; arrogante, pero no digno; como ya he dicho, el coquetismo y no la coquetería es lo que dá á la mujer el odioso nombre de coqueta.

El coquetismo es intolerante, mordaz y despiadado hasta con las mismas que le dan abrigo, pues no bien los años empiezan á escribirse en su frente con amargos y helados caracteres, las abandona, sin dejarlas otra cosa que vacío y soledad; porque el coquetismo espanta al matrimonio en vez de atraerlo como la coquetería. La pobre mujer de quien hace presa, adquiere por él patente de malos sentimientos y de no buena moral.

Por eso muy pocos quieren á la coqueta para depositoria de su honor y para madre de sus hijos.

El coquetismo es dispendioso, y le gustan las galas vistosas; compañeras del coquetismo son la vanidad y la ambicion; y es de tal modo cruel, que se complace en conquistar corazones para degarrarlos despues con crueles desengaños.

Si la copueta puede elegir esposo, se ve generalmente que escoge á una persona rica, aunque le doble la edad ó sea deforme ó ridícula, porque para la coqueta no hay otra dicha que los goces de la vanidad y del lujo; su corazón es mudo y helado; una vez casada, es cosa muy comun verla abandonarse á una existencia de comodidades y enteramente egoista, para indemnizarse de los cuidados que le costó alcanzar la posicion social que ambicionaba.

IV

Hay otra clase de coquetas muy inocente, y á ella pertenecen las niñas que entran en el camino de la vida por la puerta de flores de la adolescencia; esta es la que se prolonga hasta una edad muy avanzada si no se cuida mucho de elevar y de despertar un corazón que se presenta tan superficial, y con una ausencia tan completa de sentimiento; estas mujeres son las que ejercen de una manera despiadada el coquetismo, cuando llegan al estío de la vida, ya por la ausencia de ternura en el alma, ya porque acaso ignoran el daño que causan, ya tambien por la absoluta carencia de una educacion íntima y tierna, que solo una madre inteligente é ilustrada puede dar.

La coquetería es una dulce amiga que embellece nuestra vida y la de todos los seres que nos rodean, y á la que lejos de rechazar ó desconocer debemos amar, haciéndola nuestra compañera inseparable; ella da encanto á nuestra casa, elegancia á nuestro traje y hasta belleza á nuestra fisonomía; ella es una hada bienhechora que nos enseña á complacer á las personas que amamos y nos sonríe siempre.